

The image shows the interior of a car from the driver's perspective. The steering wheel is on the left, and the dashboard with various gauges is visible. The rearview mirror is mounted on the windshield. Outside the car, a sunset or sunrise is visible through the windshield, with a colorful sky and a road ahead. The overall lighting is dim, with the primary light source being the natural light from the window.

RETROVISIONES

Un libro de cosas de antes

Pablo Buffagni



© PABLO BUFFAGNI
Reservados todos los derechos
Edición de cortesía
Diciembre de 2023
Fotografía: Pablo Buffagni
Diseño: Lorena Kelmansky,
Francisco Javier Britos



El título fue “me sigue un Falcon”.

Fue la primera de una serie de fotos que sacaba a través mi espejo retrovisor.

Mucha gente me previno del peligro de tomar fotos conduciendo, pero olvidaron alertarme de algo peor: no es bueno vivir mirando siempre hacia atrás.

Luego de muchos autos, las extremidades se mueven solas. El coche anda, la mente vuela. Por la avenida semivacía que bordeaba Long Beach y el puerto, yo compartía mi amanecer con vehículos que venían de otras dimensiones.



En las fotos de la página anterior (si quien lee se da permiso también para mirar en dirección al pasado), me perseguían alucinaciones como el camión de la primera película de Spielberg, el ómnibus de "Pesadilla en lo profundo de la noche" y el carruaje de "Six Feet Under".

AHORA ENTIENDO
NO ME GUSTABA
A DONDE IBA.



Fueron tantas las fotos, que cuando pasé de página y miré hacia adelante, surgió la idea de este libro.

Relatos autobiográficos con la morriña del inmigrante, andando a la par de esos objetos rodantes que tanto me gustan.

Reflejos y reflexiones. Retrovisiones.



EL SUECO



VOLVO CLÁSICO CON LUCES ENCENDIDAS

EL SUECO

Problemita en el auto, ocho de la mañana, reunión en Downtown por la tarde. Nunca fui al taller del sueco, siempre lo llevo al de los ingleses. Pero me quedaba más lejos y esto era moco de pavo, una boludez del tanque de nafta.

Cuando un ser no mecánico entra al mundo de los seres mecánicos, siempre impera una dosis de incomodidad; la grasa en las manos te da chapa, valga el jueguito de palabras. Pero esta vez, algo más se olía en el aire y no eran ni nafta ni aceite.

Primero, en lugar del sueco, sale a recibirme un japonés. Y cuando digo sale, es que sale con todo: como nunca me habían recibido en un taller. Nada de quedarse mirando una tuerca por diez minutos antes de levantar la cabeza. No, el tipo corre hacia mí y me lleva para la oficina con mucha celeridad. Raro, pienso. Porque mi auto es el tipo de auto que te grita que no te vas a llenar de guita conmigo. Los seres mecánicos ya saben que cualquier mínimo arreglo costaría más que el auto en sí; lo que yo hago con ellos es pedir limosna técnica. Sin embargo, el japonés se empeña en resguardarme en el rincón más lujoso de la oficina (el que no tiene grasa) como si fuera su mejor cliente, casi como si quisiera evitar que me cruce con nadie más que él. Luego, la mirada japonesa descubre algo por encima de mi hombro, yo puedo oír los pasos de alguien que se acerca, la máscara se cae, el japonés se rinde y ocurre lo inesperado: el champagne entra a la cancha a las 8 de la mañana en un taller mecánico. Está en la copa, en la botella que apenas retiene en su mano y en el aliento del sueco que me está ofreciendo la copa. A ver: si los suecos se ponen colorados cuando toman sol, ustedes no quieren ver a un sueco de dos metros enojado, pasado de copas y sin dormir.

No puedo contradecirlo, pienso. Brindamos con él y un amigo que entró con él a la oficina. *"I'm fucking pissed off"* (estoy encabronadísimo más palabrota) dice el sueco mientras el japonés sale de cuadro. No entiendo, ¿será que le traje un auto inglés? *"I'm really fucking pissed off!"* (estoy encabronadísimo de verdad, más palabrota), grita con color colorado intenso. El amigo me mira. Yo recuerdo la escena de *"Zed's dead, baby, Zed's dead"*, cuando por suerte el sueco agrega: *"My girlfriend has been stealing from me, that bitch!"* (mi novia me ha estado robando, esa perra!). Yo miro al amigo, se encoge de hombros. El sueco saca álbum de fotos grandote, tres por página bajo film transparente. No sé si estoy más sorprendido por ver un álbum de fotos o por el *bondage* del sueco con la novia usando cinta amarilla de las que usa la policía para marcar los accidentes. *"That's the thief"* (esa es la ladrona). *"Le puse una cámara y la enganche sacándome plata mientras me duchaba"* (me dice en inglés con acento nórdico pero yo les cuento a ustedes).

Nos quedamos un rato ahí. Los detalles que me dio son todos imaginables, así que se los dejo a ustedes. Cuando el sueco se fue a mear, saludé al amigo y me escapé hacia el playón, donde el japonés ya casi terminaba con el auto. Estaba sacando la gasolina del tanque y el líquido caía en un balde, como si el viejo auto estuviera meando también. Le pregunté si me iba a cobrar media hora, ya que lo había hecho tan rápido (otro día seguro hubieran demorado tres horas por lo mismo). *"Me dijo que te cobrara la hora entera, mejor no armar más lío hoy no?"* Y sí, mejor no.

FABULOSOS CADISHACS



CADILLAC

FABULOSOS CADISHACS

El viaje de egresados todavía mareaba. Las clases de batería habían quedado atrás, empujadas por la combinación letal de la falta de australes para pagarlas y los noventa minutos de viaje hasta el centro para tomarlas. Pero yo quería tocar como el de U2. Tanto, que cambié una tarde de encuentro con las chicas del Corazón de Jesús (que tantas alegrías pos-Bariloche y hasta hijos les darían luego a mi grupo de amigos) por una cita a ciegas con una banda desconocida de covers.

La casona vacía de Samedra olía a encierro. Llegué al mismo tiempo que el bajo de la banda, a quien a partir de ahora llamaré "el cerrajero". No caprichosamente, sino porque realmente era su profesión. El otro era un escribano y el tercero, peluquero. Desde mi butaca adolescente, todos viejos en sus treinta y pico. Era obvio que el peluquero era el culpable del corte raya-al-medio-Sergio-DenisGuillermo-Guido del escribano rubio. También que el rol de diva le caía a él y en el barrio se haría llamar estilista. Al rato llegaron las groupies; las novias del escribano y del peluquero. Ambas enfilaron directo hacia la batería y empezaron a coquetearme como si desconocieran mi estado hormonal adolescente. Al escribano no le preocupaba que la novia me midiera los bíceps, pero el peluquero de vez en cuando pispeaba de reojo como si me vigilara a través del espejo de la peluquería con un peine en la boca.

El cuaderno del cerrajero encerraba la incompatible lista de temas. "Amanda", de Boston; "Carry on wayward son", de Kansas (todavía hoy no lo puedo tocar); una de Phil Collins que no me acuerdo; y "Heaven", de Bryan Adams. El escribano en teclados. Bajo, el cerrajero. Quien les cuenta en batería. Cantante líder y guitarra, el peluquero. Vamos a arrancar. Un, dos, tres, cua... Todavía no. El escribano le da las últimas indicaciones al peluquero. Toman notas. No llego a leer. Vamos de nuevo. Un, dos, tres, cuatro... Estoy tocando "Heaven". Las chicas mueven las cabezas. El escribano toca el teclado mirándolo de cerca, con su raya al medio perpendicular a la teclas. El cerrajero le pega a la cuerdas quietito en su baldosa, sólo mueve el pie. El peluquero exagera solos de guitarra como si fuera Van Halen. Pero su canto es extraño. Acá hay algo que no cierra, señor cerrajero. Señor escribano, ¿el estilista está haciendo trampa! Eso que canta no es inglés. ¿Es que nadie se da cuenta? Las chicas siguen moviendo las cabezas y aplauden. Termina la canción. Me acerco a la libreta del escribano haciéndome el gil. El tema de Bryan Adams en una parte dice "*Oh once in your life you find someone...*". Las notas para el peluquero lo traducen fonéticamente. En lugar de "*find someone*", dice "*FASOnguan*". ¡Sagrado Corazón de Jesús!

LAPIZ JAPONÉS



TOYOTA, HONDA Y DATSUN DE LOS '80



LAPIZ JAPONÉS

La historia que voy a contarles incluye las palabras hombreras, judogi, vedette, rock, hormonas, desnudo, drogas, bondad, fama y sexo; todas en un mismo relato.

¿Alguna vez fueron a un canal de televisión en Argentina en los '80? Esa tarde, yo entré por primera vez a los estudios del canal de la palomita. Ya había visitado de más niño otra emisora, el viejo ATC, para el show de Balá (si no les arruino la infancia, les cuento que Carlitos estresado por la grabación era medio agreta). Pero esta vez sería distinto: nos lanzarían a la fama como protagonistas de una demostración de judo por "Sábados de la bondad".

Gelly 3378. No recuerdo si llegué con el judogi ya puesto o me cambié en un baño; si considero que de niño me habían enviado incluso a catecismo con ropa de judo, hay una vergonzante probabilidad de que haya llegado en colectivo ya disfrazado. El equipo de valientes lo formábamos siete u ocho alumnos y el profe, que seguramente había conseguido el *gig* para promocionar el nuevo gimnasio. Para quienes no saben de judo, les cuento que el deporte no cuenta con lujos chicheros como *nunchakus*, patadas voladoras o rotura de tablas con grititos de Bruce Lee. Pero así y todo, algún productor nos había incluido en el programa y ahora formábamos fila para salir al aire en un desfile de lo más bizarro. Encabezaban cuatro tipos con camperas de cuero, gran cantidad de pelo y muchas drogas en la cara. Uno de los tipos era Andrés Calamaro. Cuando les dieron la

orden, salieron corriendo hacia el plató. Alguien ubicó unos instrumentos desenchufados y ellos nos regalaron un acto eléctrico y sin coordinación, como si fueran los Sex Pistols. Pero lo que hacían que tocaban era "Cartas sin marcar". A pesar de estar presenciando por primera vez la magia berreta del playback en vivo y con un ídolo del rock nacional, yo los ubiqué en un plano secundario. Porque en fila, justo delante de mí, aguardaba su turno la vedette Beatriz Salomón y todo lo que le salía del escote a sus treinta y pico. Ella giró sonriente justo cuando mi mirada no estaba en su sonrisa y al darse cuenta (o ver que el rojo en mi cara era más vivo que incluso sus labios), se rió con ganas. Mis hormonas adolescentes me gritaban que era ella la que ahora me miraba el escote a mí, ya que debajo del judogi yo lucía mi torso desnudo y marcado por las horas de entrenamiento. Ella explotaba en la oscuridad del pasillo con un vestido de sexo brillante y los labios como Norma Jean. Para colmo, la letra de la canción iba por la parte de "Igual que un niño abandonado / Que en la calle lo han dejado / Yo te busco, / ¡desesperado!" y él que hacía playback ahora era yo.

El conductor con hombreras rompió el hechizo con la rimbombante mención de su nombre (que como termina en "monnnnnn", es como un orgasmo para conductores con hombreras). Pero juro que antes de salir a escena, ella me sonrió y me dijo con la mirada que entendía todo.

EL FITO VERDADERO



FIAT 600 DE VISITA EN ARGENTINA



FIAT 500 EN CALIFORNIA

EL FITO VERDADERO

Dos o tres meses no son sesenta o noventa días; el tiempo cuando uno se muda a otro país no va en línea recta. Puede haber sido antes o después, no sé. Lo que es seguro es que Fito Páez vino de gira a Texas justo cuando hacía poco (o mucho) tiempo de nuestra llegada a San Antonio.

“¡Toca Fito en La Iguana!”, intentaron emocionarme. Será Fito del Norte, prejuqué, algún tipo con sombrero y botas que cantará rancheras. Una foto mental de Iggy Pop en Obras también me escupió la retina y casi lloro. Pero no. “Fito Páez”, me confirman, de tus tierras. Como quien visita una ciudad por primera vez y no puede dejar de tomar el té con la tía abuela lejana que quedó allí, nos preparamos para ir a verlo. Partimos en grupo heterogéneo de chilangos, regios, mexicanos de USA, puertorriqueños, estadounidenses, argentinos y parejas multinacionales hacia el antro, y cuando entramos pensé que no saldríamos nunca más, estacados por vampiros como en “El crepúsculo al amanecer”. Sitio enorme, decoración inspirada en “Pirámide” de Mar de Ajó y “Disney Adventure” con cierto aire a “Juan de los Palotes” de Ramos Mejía; gente dispar, algunos con botas y sombrero, un grupito con pelo punk, otros y nosotros más normalitos, casi ningún argentino. La batería estaba ubicada sobre una tarima,

al alcance de nuestra mesa (sí, me olvidé de mencionar, había mesas). Cervezas, tequila, los plomos (les digo plomos porque eran sin duda argentinos como para llamarlos *roadies*) enchufando y probando equipos. Poquísima gente, en total no más de sesenta contando meseros y barman.

Por eso, la idea de Fito del Norte se afianza nuevamente en mi pensar, porque no puede ser que el verdadero Fito esté tomando un tequila detrás de esa cortina y que el verdadero Fito aparezca con toda su banda y se suban a la tarima y que el verdadero Fito esté desafinando a dos metros de nosotros y que el verdadero Fito mueva la patita cuando toca el piano y que el verdadero Fito haga que nos emocionemos porque estamos acá y no allá y él está acá y que el verdadero Fito le esté diciendo a Nacho del Norte que sí, pelotudo, que se quede tranquilo que ya va a tocar la “Rueda mágica”, que se deje de gritarle mientras canta, y que el verdadero Fito esté hablando conmigo luego del concierto todavía con un pie en la tarima, y que el verdadero Fito me esté contando que aunque hubiera poca gente, ellos hacen todo el show igual como si fuera un Obras porque el promotor les paga de todas maneras y siempre habrá alguien que lo aprecie.

ENGLISH MAN IN LONG BEACH



JAGUAR E-TYPE

ENGLISH MAN IN LONG BEACH

David Bowie cantó desde las puertas del Jaguar y casi me lo creo. Porque una vez puede ser nada, la segunda, coincidencia, pero ¿la tercera?, ¿la cuarta?, ¿la quinta?, ¿la sexta?

A veces, la batería del Bonzo; otras, los saltitos de Madness. Una tarde explotó Iron Maiden. Esa misma noche, Duran Duran. "*Here I go again*" y "*We are the champions*" coparon el escenario virtual sobre ruedas, mínimo, en cinco ocasiones cada una. No era trampa, eh. Porque la estación de radio, la 93.1, si uno la deja sonando, pasa de todo tipo de música de los setentas y los ochentas, del mundo entero. Una de las pocas en Los Angeles en ese estilo y la única de FM que funciona en el acorazado británico de hierro y madera que me lleva a dar una vuelta los fines de semana. Altanero, el tipo te da a elegir entre dos opciones. Es esa estación o amplitud modulada. Ningún otro sonido se deja sintonizar por su viejo equipo original.

Por eso casi me lo creo. Bueno, por eso y por cosas del pasado. Porque cuando aparecieron los primeros cajeros automáticos en los bancos de Argentina, mi papá nos tiró a todos la posta: adentro había

un tipo. Era mentira que te daban plata solos. Había un empleado, él lo había visto esconderse detrás del metal, por una puertita, temprano de madrugada cuando trabajaba con el taxi. La maestra de la escuela casi me manda a dirección porque yo le discutía, "es que mi papá lo vio, no es verdad lo que usted dice". Pero no me creyó.

¿Y si el equipo de radio del Jaguar fuera en realidad una computadora? O más creíble todavía, ¿y si hubiera un disc-jockey británico escondido detrás de la madera, respirando por los dos ceniceros, y pasando música sólo a su gusto? De otra manera no se explica que cada vez que uno lo enciende, la música que suena tenga que ser de algún lugar del Reino Unido.

Por eso apagué la radio y me preparé para encenderla de nuevo. Si pasaba una vez más, ya no habría dudas. El corazón me latía más rápido que la batería de Nicko. Las manos me sudaban tanto que en el primer intento no logré mover la perilla. Cuando encendió, tardó un poquito en arrancar, como si el tipo estuviera friendo milanesas. Y finalmente...sonó Bon Jovi. De la que se salvó mi hijo, pensé.

LA GRIETA



VW ESCARABAJO, UNO DE LOS PRIMEROS AUTOS
DE MI ABUELO NO PERONISTA

LA GRIETA

Mi abuelo peronista fabricaba su propia soda con un sifón Drago, se juntaba con otros jubilados todas las tardes en Núñez y fumaba en pipa.

Mi abuelo no peronista fumaba un Benson tras otro, jugaba a las cartas en un garito del Club Estrella y compraba medialunas de grasa en Costa Rica y Bonpland.

Mi abuelo peronista había llegado en barco y no podía pronunciar la j; cuando uno se ponía creativo con algún adorno de la casa, siempre venía el “deque eso”.

También le decía copa al vaso y vaso a la copa, por lo tanto “deque esa copa” tenía sentido solo si uno era su nieto.

Mi abuelo no peronista cocinaba a las 4 de la mañana; cuando me quedaba a dormir en su casa, primero me asustaba al oír ruidos pensando que podía ser un ladrón y luego notaba, gracias al olor de los huevos fritos con panceta, que era el abuelo rebelándose contra la diabetes y el colesterol.

Dijo mi abuela (afiliación política desconocida) acerca de mi abuelo peronista: “Era buen hombre, nunca una queja”.

Mi abuelo no peronista necesitaba lentes de contacto y mi abuela (también de afiliación política desconocida pero le gustaba Palito Ortega) se encargaba de sacárselos por las noches y ponérselos por las mañanas.

Mi abuelo peronista no tenía auto y la gorra que guardaba en su galponcito de la terraza del PH atestiguaba que había sido conductor de tranvías.

Mi abuelo no peronista nos llevaba a la escuela en un Dodge 1500 y no hablaba durante el viaje. A veces arrancaba antes de que pudiéramos cerrar la puerta.

Recuerdo a mi abuelo peronista riendo con sus amigos en la plaza más de una vez.

Sólo una vez escuché a mi abuelo no peronista reírse como un chico de mi edad, con una risa explosiva, liberadora y que superó al reto: fue cuando estornudé frente a la vidriera de un quiosco de Necochea y quedó toda bañada en moco.

Mi abuelo peronista, ya con ochenta, me dio consejos de cómo cuidarme con las chicas porque había oído del SIDA en la radio y en el barrio.

Mi abuelo no peronista colaboró indirectamente (o directamente ya desde arriba, vaya uno a saber) con mis primeras conquistas adolescentes. Sus trajes, algunas de sus camisas y sus borcegués, vivieron con él en su oficina de gerencia y los fines de semana de caza, y se reencarnaron conmigo al ritmo de The Cure y U2 en la matiné de New York City.

Ambos se llamaban Antonio y no era muy común verlos en la misma sala.

TOUT



PEUGEOT 505 EN CALIFORNIA

TOUT

Richard Petitjean se llamaba el francés que había compartido carpa con nosotros en El Chaltén.

“Extrañou al niñou”, nos confesó, mientras trozaba un *saucisson* con un cuchillito sobre una piedra, pero incapaz de disfrutar de uno de los mejores pedazos de atardecer del mundo. Lo condenaba su decisión fría de haber llegado sin novia ni bebé a la Patagonia por tres meses, con la justificación de que él ya tenía su viaje programado con anterioridad al embarazo.

El primer año que fui a Cannes pasé por Niza y tomamos un café. En la Costa Azul, con uniforme de no-turista y corbata colorida, Petitjean parecía otro. Fue la última vez que lo vería en persona, pero me lo seguí cruzando muchas veces. Es que a los pocos días, cuando me topé con el petiso de la puerta del casino del Hotel Carlton de Cannes, relacioné por primera vez “Petit” con “francés bajito”. Desde entonces, todo galo de baja estatura que me cruzare, se conectaría lateralmente con ese nombre.

Petitjean (no el original sino este otro del casino) te recibía desde su suntuoso escritorio a pasos del ascensor que te escalaba al último piso del Carlton. Mi experiencia previa en casinos: el glamour de Mardel, Necochea y Valeria del Mar (donde el cieguito que mendigaba en la puerta, era el mismo que sacudía la tacita de limosna en el Subte D durante el invierno). Me habían adelantado que era de zapatos la cuestión del Carlton, así que fui con mis botitas de gamuza con suelas Febo, unos pantalones kaki, camisa y un saco de lino arrugado. “En la Neco-night hubiera sido Belmondo”, llegué a fantasear y luego vi la concurrencia: eran todos árabes con aspecto de príncipes, trajes de lujo, relojes gigantes y zapatos italianos. Las 20 fichas que yo había comprado para apostar en total, ellos las regalaban como propina con cada bola de ruleta. Jugaban sentados a tres mesas pequeñas, muy distintas a esos piletones con números de la costa argentina. Yo me hice el boludo, pedí un whisky, ocupé una silla en la mesa de más al fondo y calladito, fui ubicando concienzudamente tres fichas por vuelta. Mi papá siempre dijo que los tiradores saben a qué número le tiran y que lo hacen a propósito (a él lo odian, parece).

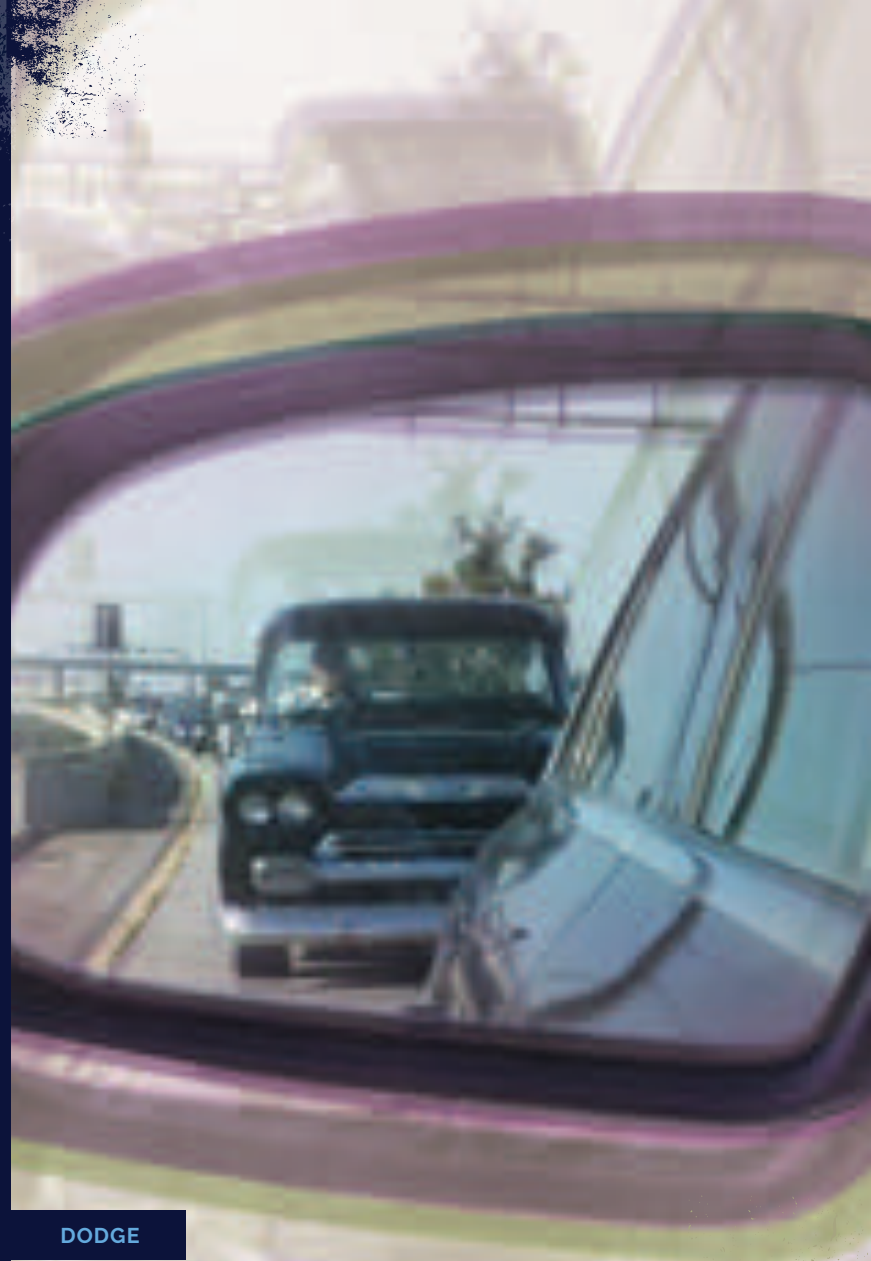
Creo que, en parte, tiene razón y paso a contarles mi verificación de esa noche: el tirador obviamente se da cuenta de que no soy otro árabe millonario y le caigo simpático; los árabes acaudalados se percatan de que que soy inofensivo, entonces les caigo pintoresco también; el croupier nota que no soy Belmondo, también le agrado. Entonces, la compasión del tirador, más la buena energía de mis árabes amigos y del croupier, apalancando anímicamente la puntería del primero, resultan en un desequilibrio atípico de la banca hacia el pibe de las botitas de gamuza.

Emboco plenos, varios. Cada vez que gano, todos sonríen con sutileza. Algunos siguen mi juego ahora, con pilas de fichas y algunos comentarios en su idioma. De golpe yo también tengo una pila de fichas. Pero yo no soy ningún gil, señores fans árabes, tirador, croupier y quien esté ayudando allá arriba. A mí no me agarran. Cuando tengo la pilita bien alta, deposito todas las fichas en los bolsillos del saco de lino (que ahora se ve como bolsa de papas) y con la misma cara de boludo que usé para sentarme, dejo la silla. Creo ver caritas de decepción en mis colegas de medio oriente, pero así es la vida del winner de la Costa Azul, *muchachet, excusemuá-si-vu-plé*.

Voy caminando hacia el ascensor, siendo más alto de lo que entré (los kaki ya ni rozan las botitas) y la voz de Petitjean me detiene. La euforia me hace políglota; me está diciendo algo en francés y le estoy entendiendo. Me objeta la ropa. Me sugiere que para entrar, la próxima debo venir vestido de otra manera. Todavía sonriendo, le señalo si se refiere al “¿pantalón, o los zapatos, o le sac?”

Entonces, se pone en puntas de pie, levanta sus manitas al frente como para hacer la vertical, y con un movimiento de escaneado descendente a dos manos, desmorona de un soplido mi fantasía de agente secreto *bon vivant* con un rimbombante y certero “¡iiiTout!!!”

LA VIDA MUNDIAL



DODGE

LA VIDA MUNDIAL

Las primeras imágenes llegan desde el '78. La gente festejaba en las calles, bien raro para la época y alucinante para mi niñez. La pizzería de mi papá se quedó sin mozzarella. Pero lo que más recuerdo es que mi primer vuvuzela, una quena peruana marrón, tuvo un final trágico al caer por la ventanilla del Dodge de mi abuelo cuando pasábamos por el obelisco.

Del '82 me falla el disco. Que no jugamos bien, que Maradona no demostró. No mucho más. Habrá sido que lo borré todo junto con los *jpegs* de la guerra.

De ahí saltamos a, justamente, el salto de gol con mi viejo y mis hermanos frente al barrilete cósmico reproducido en una tele fantasmagórica pero que mostraba lo más lindo del mundo. Ese año también me compré mi primera batería, seguro que para compensar por la quena. La solventé con las abultadas ganancias de unos botincitos de Racing (albicelestes también, no hay devoluciones) que salimos a vender en la calle con mi hermano mayor y sus amigos al grito pelado de "¡Al botincito del Maradona, 2 por un Austral!".

Todavía no trabajaba en publicidad pero ya laboraba en un dojo; un nene desde un auto debajo del puente de Pacífico empezó a gritar con una vocecita finita "¡Mamá!, ¡el profe, el profe!".

El festejo de semifinales del '90, quizás por ser el primero con dotes etílicos, o por la edad, o porque a la ciudad lo único que le faltaba era tener patovicas en la puerta y una bola de espejos en el Obelisco, es el signficante histórico de mi significado de fiesta. Del partido siguiente ni me acuerdo porque no me conviene y se mezcla con la cara del Diego en el '94 cuando le, nos, cortaron las piernas y con mis amigos decíamos que nos faltaban cuatro mundiales para los cuarenta.

1998 y oh,la,lá, estoy en París por primera vez. Se supone que en el debut en la ciudad de las luces uno no se queda toda una tarde sentado en el piso de una galería sin hacer nada. Pero a eso nos dedicamos con el Trapa y Elvio, a quienes apenas conocía pero nos unía el objetivo en común: esperar al tipo que venía con las entradas. Resultó ser un zapatero genial contra Jamaica. En nuestra tribuna estaba el jet set argentino encabezado por Tinelli y en la otra se habrán fumado

uno bien grande porque sonreían igual a pesar del Burrito y Batistuta. Corte al 2002. Rancho Palos Verdes, California. 4 A.M. El que fuma soy yo, Marlboro. Estoy recién llegado a California, por eso todavía fumo. María y Male, de menos de un año, quedaron en San Antonio hasta dentro de un mes. Fumo solo, no solamente solo porque no están mi familia ni mis amigos, también solo en todo el complejo de departamentos, todo el barrio, todo el South Bay; en mi cabeza todo, el condado de Los Angeles. Argentina está quedando afuera muy rápido y la única luz encendida es la de mi cigarrillo. Todavía no aprendí a decirle soccer.

El 2006 ya me encuentra adaptado a la vida del Norte y a lo que elegí hacer cuando dejé el gimnasio para entrar en una agencia, o sea, laborando mucho. Me quedo con ganas de Alemania, varios de la agencia van y me traen un llaverito. Aprendo que el fútbol lo puede todo: un tipo de Saatchi & Saatchi baja a Conill, donde estamos los latinos, para ver los partidos rodeado de argentinos porque arriba nadie le da bola. Me olvidaba de aclarar, el tipo es inglés.

Junto con el león de oro en film que casi que me convence de que fue una buena idea dejar el trabajo de profe de judo, en el 2010 llegó el cuarto mundial que se veía tan lejos. Lo vivimos en Italia, ya los cuatro, y los cuatro que nos comimos frente a Alemania los sufrimos con mi hija en un bar de Venecia lleno de alemanes, un bajón. No aprendí nada del inglés de Saatchi.

Todo esto nos pone en el 2014. Todavía duele la quena del '78, aunque ahora pienso que fue una donación espiritual simbólica para nuestros amigos peruanos que nos ayudaron a ser campeones. Aún me pone piel de pollo el '86 y tengo una batería. La soledad no es un problema, somos cuatro y estamos llenos de gente en casa, con sanguchitos de miga y champagne. Aunque estaría bueno compartir con todos los que están en la tribuna sur la emoción de un año donde no solo empieza un nuevo torneo, también dentro de poco un desafío laboral para el que me vengo entrenando hace mucho.

Sí, la vida se puede contar en mundiales.

(Texto del 2014. Hoy todos sabemos que la alegría retornó en el 2022)

VIEJAS MAÑAS



AUTO VIEJO EN LA AUTOPISTA

VIEJAS MAÑAS

El amor por la cosas debe diferenciarse del amor por UNA cosa. Debo confesar, no supe qué responderle a Bernie, el otro día cuando me sorprendió al preguntarme (¿mi mecánico también?!), por qué seguía teniendo un auto tan viejo.

Anoche, mientras comíamos asado con un nuevo amigo, pude llegar a la carne de la cuestión. Antes de los choripanes, mis hipótesis se contaban con los dedos de una mano (engrasada):

- 1- Me recuerda al Torino argentino.
- 2- Fue nuestro primer auto en un país desconocido.
- 3- Tener un auto viejo me hace extrañar menos el tercer mundo.
- 4- En Argentina no se consiguen.
- 5- Es el mismo modelo del videoclip de Whitesnake con la modelo bailando sobre el capot.

No me nieguen que la última suena súper válida si adhiriéramos a la teoría de que los hombres tenemos una sola avenida al pasear por la vida. Pero anoche, cuando el amigo me habló de las dos Harleys, fue que se me prendieron las altas. ¿No te da miedo que te las roben? No, imposible. Yo solo las entiendo. Son vuelteras como toda vieja. Dos aceleradas cortitas, buscar el cable bajo del tanque, saber el milímetro exacto donde posicionar el cebador, no ahogarla, cada una tiene sus mañas. Yo solo las enciendo, me había dicho.

Abrir la puerta del conductor sin llevarte todo el tambor con la llave. Acomodar la funda del asiento para no arruinar más el cuero. Recordar cuando me bajo que la puerta de atrás requiere cerrado manual. Nunca tocar el botón de cruise, arruinaría todo tu viaje. Movimiento en sentido de las agujas del reloj para manipular la antena y no dejarlo amputado antes de cada lavado. No te asustes si al prender las luces se prende una alarma, la luz roja se apagará mágicamente a los dos segundos pero las luces seguirán encendidas. La puerta del conductor se cierra dos veces y fuerte; una sola vez puede dejarte rodando sobre el asfalto. Si la caja se traba en segunda, respirar hondo, pasar a neutral, respirar hondo de nuevo, pasar a directa y listo. El manual sigue (por eso califica como manual) para esta maravilla que a los 210,000 kilómetros pasa el *smog test* como si fuera un pibe.

El auto me necesita, debí haberle dicho a Bernie. ¿O no te acordás cómo te pidió urgentemente que me llamas el otro día cuando no podías abrir la puta tapa del baúl que solo precisaba un empujoncito hacia abajo antes de girar la llave?

NO BOMBARDEEN PALERMO



CHEVROLET MALIBU

NO BOMBARDEEN PALERMO

Una vez corté la luz de toda la casa de mi abuela y los dos departamentos de abajo con un experimento. Quería saber qué pasaba si enchufaba una bombita de Chevrolet a la corriente de la pared; el chispazo fue el resultado y el apagón la consecuencia. Otra vez descubrimos unas fotos de mi papá corriendo por la ciudad en calzoncillos, luego me explicaron que documentaban su despedida de soltero y que, a causa de esa corrida, sufrió un esguince y en su boda había nadado en zapatos dos números más grandes. El hallazgo de los anteojos de carey de mi tío abuelo, pianista famoso y muerto en Italia en un accidente al volante de un Mini Cooper, marcó otro hito. De ese tío de mi papá y mellizo de mi abuela, heredé mi oculto segundo nombre.

Estas aventuras y otras sucedían en la “piecita de la terraza de la abuela”. Una terraza con medianeras bajas que permitían saltar para buscar pelotas y jugar al poliladron y volver a preparar escapando de los perros y malhumores vecinos. En esa piecita también descubrí al Charly García solista, una tarde de calor de 1982. Tocaba en Ferro y en la radio, y lo inmortalicé en un cassette *TDK* con un grabador que yo creía de última tecnología aunque fuera mono. “Quizas porque, no soy nada de eeeeeesssooo, es que hoy estás, aquí en....Ferrocarril Oeste, gracias por venir loco” gritaba la voz joven de Charly en mi grabación y eso la separaba años luz de todas las versiones de estudio que pudieran tener mis amigos.

También porque en “No bombardeen Buenos Aires”, Charly rogaba que no bombardearan Caballito; yo también había rezado en algún momento para que los ingleses no bombardearan Palermo durante los días de llevar chocolate a la escuela para los soldados.

Unos años más tarde, mi batería sacudía la cal de las paredes de la misma piecita al ritmo de U2 chorreándose incompleto del pedorro grabador, enchufado al tomacorriente del experimento trunco. En breve, yo también luciría anteojos de carey. ¿Habría heredado algo más que el vergonzante “Enrique” de aquel espíritu?



Muchas de las plantas aunque no sé los nombres. El sonido de las bocinas de fondo. La comida, hasta en el aire. Las cortinas, las ventanas, las antenas. Algún que otro grito. Las veredas y los empedrados. El condimento para la ensalada. Los "buenos días" y los "buenas noches" (con subtítulos). Las señoras con sus bolsitas de compras. Los cucuruchos. Los graffitis. Los ceniceros. Las goteras. Las palomas. Las campanas. El ruido de la vajilla en el pulmón de manzana. La nostalgia de un lugar donde, sin embargo, nunca viví.



ALFA ROMEO POR LONG BEACH

ROMA

Roma. Noche de verano. Camino unas cuadras. Me preguntan si tengo fuego (¿todavía tengo cara de fumador?), gente por todas partes, familias con niños tomando helado; piso caca de perro (empiezo con suerte); entro a un bodegón al azar y ceno como

los dioses; una parejita se besa en público, él le toca la cola en público; un auto me toca bocina, vuelven a pedirme fuego... Cómo se extrañan estas boludeces.

CARTELES DE FORD



FORD FALCON EN GARAGE DE HUNTINGTON BEACH

CARTELES DE FORD

Tanques de guerra por el pavimento de Juan B. Justo yendo a combate. Eso repetía la pantalla gigante en la sala de reuniones con mesa de vidrio y sillas caras. Mostraron la puerta mal pintada de mi edificio, humilde frente a las bodegas, pero no dije nada. El vicepresidente de la agencia, la directora de medios, ejecutivos, secretarias, creativos, cadetes, yo. Todos pegados a la misma tele. No era el mundial, aunque algunos planos mostraran caras pintadas. El asombro, lo inesperado y el miedo, nos sacaban de la norma y nos ponían a compartir el espacio físico y un lugar mental semejante. El vicepresidente golpeteaba los dedos y cambiaba de canal cada tanto, tratando de exprimirle al televisor todo el contenido posible. Reconocí la estación Palermo, había tomado el subte allí mismo unas horas antes. ¿Cómo volvería a casa sin colectivos ni trenes? ¿Esto traerá todavía más hiperinflación? ¿Se acababa la democracia? El vicepresidente, viendo el mismo puente ferroviario que yo, sin embargo bromeó: “Mirá los carteles de Derby...jaja...¡Primer plano en todos los canales! Tendríamos que haberlos comprado para Ford...”





Acerca del autor:

Pablo Buffagni nació en 1970 en la Ciudad de Buenos Aires en el barrio de Palermo, que ya no existe en la forma en la que era. Durante la adolescencia, trabajó de profesor de judo y de colonia de verano, paseador de perros, animador de fiestas infantiles, vendedor ambulante, pintor, promotor de antros, tomador puerta a puerta de pedidos de imprenta, y vendedor de billetes de lotería y pilas a los quioscos.

Durante los años 70 y los 80, su padre cambió exageradas veces de auto y de trabajo. Eso llevó a Pablo a ser fanático de los coches. Y cuando a los 18 años empezó a trabajar en una agencia de publicidad, se mantuvo estable en la profesión hasta el día de hoy.

Dos profesores le habían sugerido como carrera “el mundo de la publicidad”, que ya tampoco existe en la forma en la que era. El de arte, que manifestó ver algo rescatable en sus obras y premios en concursos de manchas, y la profesora de literatura, quien durante los exámenes le permitía escribir narraciones libres mientras los demás alumnos contestaban preguntas acerca de libros que Pablo ya había leído muchos años antes.

Igual que durante esas pruebas, hoy Pablo escribe fuera de la publicidad y retrata autos cuando debería estar haciendo otra cosa.

Relatos autobiográficos con la morriña del inmigrante,
andando a la par de esos objetos rodantes que tanto me gustan.
Reflejos y reflexiones. **Retrovisiones.**



Edición de cortesía
Diciembre de 2023